

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 3.º

CONTINÚA LA EXPOSICIÓN DE LAS TEORÍAS DE OWEN.

El hombre, según Owen, es *un compuesto de organización original y de influencias exteriores*, de las cuales resultan los sentimientos y convicciones, manantiales de nuestros actos. No siendo el hombre dueño de modificar su organización ni las circunstancias que le rodean, se sigue, que así los sentimientos como las convicciones, como los actos que de ahí dimanar, son hechos forzosos, necesarios, contra los cuales él no puede nada; los sufre, no los arregla; están fuera del alcance de su consentimiento; de suerte que el individuo se ve precisado á recibir ideas exactas ó falsas, sin que pueda desear las primeras ni desechar las segundas. Su carácter es un hecho accidental independiente de él; y su voluntad resultado de convicciones y de sentimientos *esclavos*; *no tiene ni espontaneidad, ni libertad*. De donde resulta que siendo el hombre juguete á un tiempo de su organización que él no ha arreglado, y de las circunstancias de su educación que no está en su mano combatir, sería la más chocante injusticia el declararle responsable de las palabras ó de los actos, á los cuales se halla empujado por un concurso de necesidades inexorables.

No debía M. Owen ofrecernos con tan pomposas palabras el desarrollo de una teoría que nada tiene de nuevo, que es un miserable plagio de la escuela materialista, que no añade ni una sola idea luminosa á lo que dijeron en todos tiempos y países los que formaron el insensato em-

peño de rebajar al hombre hasta el nivel de las plantas. Los que han negado la existencia de un espíritu distinto del cuerpo, han debido establecer por necesidad que el hombre era un compuesto de organización original y de influencias exteriores; pues quitada el alma como distinta del cuerpo, claro es que sólo queda éste con su organización natural, ó si se quiere llamarla original, y con las modificaciones que esta organización reciba de las influencias que la rodean. En tal caso es cierto que los sentimientos y las convicciones y todos los actos del hombre serían el resultado de combinaciones puramente materiales; y que éste por consiguiente no sería responsable de cuanto quisiese ú obrase, dado que carecería enteramente de libertad, y estaría llevado al ejercicio de sus facultades con la misma fuerza irresistible que los cuerpos abandonados á sí mismos se precipitan hacia el centro de gravedad.

Espanto causa que una teoría con la cual se pretende arreglar el mundo, se inaugure con tan tristes auspicios como son la negación del espíritu del hombre, la negación de su libertad, la negación de su responsabilidad, la proclamación solemne de que no somos más que un puñado de materia organizada, y de que todos nuestros pensamientos, nuestras voluntades, nuestros actos, no son más que funciones necesarias sobre las cuales nada tenemos que ver, nada podemos; no siéndonos dado otra cosa que entregarnos á sus impulsos como el péndulo á sus oscilaciones. Espanto causa el reflexionar lo que sería el mundo si llegase á dominar tan funesta doctrina: no sólo se destruirían las ideas de virtud y de vicio, que ni siquiera son concebibles en faltando la libertad; no sólo desaparecerían las nociones de bien y de mal moral que fueran absurdas, si se las aplicase á la materia organizada; no sólo desaparecerían todas las esperanzas y hasta los pensamientos de una vida futura, sino que hasta la presente perdería de una vez todo lo que tiene de bello y de sublime.

¿Qué son las ideas, si se supone que no tienen su asiento en un espíritu inmortal, y que no son más que el pro-

ducto de la organización de la materia? Los sentimientos más puros, más hermosos, más elevados, ¿en qué se convierten desde el momento que llegásemos á figurárnoslos á manera de funciones de un órgano corpóreo? El hombre entero pierde su íntima naturaleza, no es á nuestros ojos nada de lo que era antes, desde que le consideramos sin mérito ni demérito, sin virtud ni vicio, sin responsabilidad de sus actos, sin libre albedrío, sin alma. Entonces ya no es una criatura á imagen y semejanza de Dios, ya no tiene altos destinos á que llegar, ya no tiene arduas empresas que acometer: mísera porción de materia organizada, parte imperceptible de ese universo en medio del cual se encuentra arrojado, sin saber por quién ni para qué, hállase condenado á sufrir las duras condiciones de su existencia, arrastrándose como vil gusano sobre ese montón de polvo que se le ha señalado por morada. Sometido á las leyes de inexorable necesidad, nada puede hacer, ni para mudar su suerte, ni para mejorarla; sus acciones, su voluntad, sus pensamientos, sus sentimientos, sus instintos, todo cuanto es y todo cuanto tiene, todo depende de la organización que le ha cabido en suerte, y de las circunstancias que le han rodeado. Si ejerce un acto que le parezca virtuoso, y que deje en el fondo de su alma la purísima satisfacción de haber cumplido con su deber, ha de desechar aquella idea que tanto le halaga, como vana ilusión contraria á la verdadera filosofía: ya que el acto que le pareciera virtuoso, no es más que un producto de su organización material, no ha contraído ningún mérito ejerciéndole, no ha cumplido con ningún deber, porque es un absurdo hablar de deberes y de méritos, aplicándolo á operaciones que dimanen de la organización de la materia.

La humanidad, si por desgracia pudiese llegar á tener un solo día estas horribles convicciones, se sentiría degradada de repente: su frente se abatiría al suelo como la de los brutos, el corazón cesaría de latir con nobleza, apagarase la luz del entendimiento, relajárase la energía de la

voluntad, y abandonado el hombre á los instintos más brutales abdicaría el hermoso título de rey de la creación.

Pero en vano es que la ceguera del orgullo se empeñe obstinadamente en excogitar extravagantes sistemas para destruir lo indestructible. El sentimiento de la libertad está en el fondo de nuestra conciencia; en vano intentaríamos sofocarle; una voz interior nos clama que somos libres; antes de obrar experimentamos que podemos dejar de obrar; cuando hacemos una cosa, sentimos que podríamos hacer otra; y si alguna vez nos proponemos ejercer adrede el libre albedrío, hallamos que no tiene límites, desde el acto más juicioso hasta el más extravagante y ridículo.

La responsabilidad de nuestros actos es evidente en igual grado. Cuando hemos obrado bien, sentimos un placer indecible, emanado de una aprobación interior de lo que acabamos de ejecutar: la acción virtuosa deja en nuestra alma una impresión en extremo agradable, como la flor que al abrir su capullo exhala un suavísimo aroma. Al contrario, cuando nos hemos apartado de nuestro deber, cuando hemos cometido una acción fea, ó hemos dejado de ejercer otra á que estábamos obligados, el remordimiento brota al instante en el fondo de nuestro corazón: una voz íntima que sale de lo más recóndito de nuestra alma nos reprende con lenguaje severo; en vano nos excusamos á los ojos de los demás, en vano apelamos á efugios para disculparnos en nuestra propia conciencia, en vano huimos de nosotros mismos para no escuchar esa voz que nos importuna y aflige; ella nos persigue en medio de nuestras distracciones, de nuestros placeres, de nuestra disipación insensata; ella nos persigue de día y de noche, en la vigilia y en el sueño, en la salud y en la enfermedad, en la dicha y en el infortunio, y de continuo nos dice: «has obrado mal.»

Pero sigamos á M. Owen en sus desatentadas teorías. La felicidad, según él, *la verdadera felicidad, producto de la educación y de la salud*, consiste en el deseo de aumentar

los goces de nuestros semejantes y de enriquecer los conocimientos humanos, en la asociación con seres simpáticos, en la ausencia de la superstición, en la benevolencia, en la caridad, en el culto de la verdad, en el uso completo de la libertad individual. ¿Qué significa ese conjunto de palabras, cuando vienen en pos de los funestos principios que acabamos de combatir? ¿Qué es la benevolencia, qué es la caridad en seres cuya naturaleza no es más que un poco de materia organizada? ¿Qué será el culto de la verdad, qué el uso completo de la libertad individual, si esta libertad no existe, si todos los actos del hombre son producto de irresistible necesidad? Así se procura encubrir la pobreza y falsedad de las ideas con nombres pomposos y brillantes; así se quiere alucinar á los incautos amontonando expresiones que carecen de sentido en la teoría á que se aplican. Siendo tan grosero, tan errado, tan malo todo lo que ha existido hasta aquí, ¿cómo es que les usurpáis á los antiguos sistemas sus ideas y hasta sus palabras? ¿Quién os ha enseñado á pronunciar la benevolencia, la caridad, el culto de la verdad, el uso de la libertad individual, sino ese mismo sistema á quien ingratos despreciáis? ¡Ah! es que en el vuestro os sería preciso forjar un nuevo idioma, idioma que si expresase exactamente vuestras doctrinas sería un cúmulo de absurdidades y degradación, que no os atreveríais á ofrecer á los ojos de ningún hombre que no hubiese perdido totalmente el sentimiento de la dignidad propia. Así cuando habláis de caridad, del deseo del bien de los semejantes, estas palabras tan bellas en el antiguo sistema, ó no significan nada en el vuestro, ó significan ideas repugnantes y desconsoladoras.

Según vuestras doctrinas, el hombre que tiene benevolencia, y que la realiza con actos benéficos, no practica nada noble, nada laudable, no merece que el favorecido le agradezca los favores, pues que haciendo el bien ejecuta lo que no puede menos de ejecutar: obedece á una necesidad irresistible, obra lo mismo que la lluvia que por

el impulso de su gravedad cae sobre una tierra agotada y la humedece y fertiliza. Analizad bien estas ideas; formad conforme á ellas vuestro diccionario, y atreveos á estampar en él las palabras de benevolencia y caridad.—J. B.

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 4.º

CONTINÚA EL EXAMEN DE LAS TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Según M. Owen la ciencia social abraza el conocimiento de las leyes de la naturaleza, la teoría más exacta de la producción y de la distribución de las riquezas, el perfeccionamiento de la humanidad, y el método del gobierno. ¿Cuál será la religión de semejante sistema? Nada menos que *la religión de la caridad*, religión que se muestra muy reservada sobre todo lo que excede nuestros conocimientos, pero que sin embargo admite un Dios criador, eterno, infinito. Es de sospechar que esta profesión de fe es una vana fórmula, un hipócrita homenaje tributado á la creencia de la generalidad de los hombres, que se llenarían de horror si se les predicase el ateísmo puro. Así es que cuando se trata de rendir culto á este Dios, criador, eterno é infinito, el fundador del sistema *racional*, no establece otra adoración que *esta ley instintiva que ordena al hombre el vivir conforme á los impulsos de su naturaleza*, y alcanzar el fin de su existencia. Este fin es la práctica de la benevolencia mutua, y el deseo sin cesar creciente de hacerse felices los unos á los otros, sin distinción de raza, de sangre ni de color. La religión es la *inquisición de la verdad*, el estudio de los hechos y de las circunstancias que producen el